

Gota contra roca

Estabas lavando los platos de la cena cuando sonó la música de cierre del último noticiero. Sabías muy bien lo que eso significaba, Oneida, que Moisés se había quedado bebiendo. A veces se tardaba hasta las ocho y media, cuando el bus de su ruta se demoraba o pasaba varias veces muy lleno, entonces alcanzaba a llegar para ver los deportes de la última emisión, comiendo en el sofá antes de irse a dormir; pero si las noticias terminaban y no había llegado, la historia era distinta.

Dejaste la loza impecable, pusiste la cena de Moisés en un plato cubierto, lo metiste a la nevera, por si llegaba con hambre encontrara qué comer. Subiste al cuarto, te pusiste pijama y rezaste; pediste que lo trajera sano y salvo a casa y que al llegar estuviera tranquilo.

Aunque intentaste dormirte, no pudiste hacerlo y te pusiste a pensar. Tu familia y amigos dicen que él no te conviene, que mereces algo mejor; lo que no saben es que él trabaja muy duro para ofrecerte techo, comida y todo lo que necesitas. Es cierto que cuando toma se pone grosero, pero es por el licor, no porque no te quiera; ellos no saben que eres la mujer más importante de su vida, él te lo dice siempre y te lo demuestra con los regalos que te da cuando se da cuenta al otro día que se le fue la mano. Estás segura de que te ama y el amor es lo más importante del mundo.

No te diste cuenta del momento en que te quedaste dormida. Moisés no estaba a tu lado. Miraste el reloj. Cinco de la mañana. Nunca se había tardado tanto. Cuando ibas a mitad de las escaleras escuchaste el televisor encendido y viste su brazo reposando sobre la mesa de la sala, como intentando alcanzar la botella de aguardiente a medio acabar. Llegaste a la sala. Lo encontraste desparramado en el sofá, roncando. Hacía frío, así que fuiste por una cobija para cubrirlo; apagaste el televisor y al acercarte percibiste un olor extraño; cuando llevabas la cobija a la altura de su pecho, viste las manchas de labial. Podía ser cualquier cosa, te dijiste, no tenías que pensar lo que no era. Entonces Moisés movió la cabeza para un costado y descubriste el moretón en el cuello.

Te fuiste a la cocina. No pudiste controlarte y te pusiste a llorar, bajito para que no te escuchara. Te acordaste de todas las veces que llegó borracho, de cada uno de los golpes, de las veces en que te rasgó la pijama cuando le dijiste que no querías hacerlo e igual te tomaba, siempre a lo bestia.

Después de unos minutos, al fin dejaste de llorar, Oneida. Respiraste profundo y te fuiste a la sala. En tu mano, guiado por el olor a licor y a perfume barato; el cuchillo atravesó la penumbra.

## Reconciliación

No creo que tarde en llegar. Pido una cerveza y enciendo un cigarrillo. Miro su golosina favorita sobre la mesa. La cerveza no está helada. Pronto veré el éxodo de oficinistas y vendedores hacia sus casas.

Intento hacer ruedas con el humo, pero la brisa caliente los desarma apenas salen de mi boca. Al frente tengo tres mesas: una vacía, la que le sigue está ocupada por un hombre de traje que casi no aparta la vista de su teléfono; en la última hay dos hombres que no se hablan: uno tiene gafas oscuras y un overol gris con líneas rojas, el otro una camiseta blanca con estampados azules.

La última vez que nos vimos, las cosas no terminaron bien. Tuvo toda la razón, por demás. “Si lo vuelvo a ver lo mato, Santiago, lo-ma-to” fue lo último que me dijo furiosa. Sí le hice mucho daño y a su familia, por eso me fui de la ciudad y hasta ahora, después de tantos años, vuelvo. Creí que no me iba a hablar, que tan pronto escuchara mi voz, colgaría. Como era obvio no fue amable, pero fue educada. Se limitó a responder mis preguntas. Esperanzado por su actitud, la invité a tomar café. Se quedó callada un momento y preguntó cuándo y dónde. Apelando a la nostalgia le respondí que en la cafetería de siempre, a las seis. “Allá nos vemos” dijo y colgó. Me dediqué a caminar parques y centros comerciales. El tiempo no pasó tan rápido como esperaba, pero al fin fueron las cinco y me encaminé hacia el lugar.

En cualquier momento debe llegar. Ella siempre fue puntual. Como el hombre del móvil ha llamado a la mesera para pagarle e irse, aprovecho para pedir otra cerveza.

Al fin la veo asomar por la esquina que siempre llegaba. Después de que dio dos pasos, se detiene. Me mira un momento y hace el ademán de saludo con la mano, que le respondo justo cuando los hombres de la última mesa se levantan. Escucho los tres martillazos secos y veo como todo pasa de vertical a horizontal, la gente corriendo, los hombres subiéndose a la motocicleta, ella dando la espalda y alejándose despacio.

Casa de campo

Silvia detuvo la camioneta en la estación de gasolina. Recordó que los patrones siempre decían que el carro estaba acostumbrado al buen combustible, así que le ordenó al islero que llenara el tanque con gasolina corriente. Sacó de la cartera Gucci un billete de alta denominación, se lo entregó al muchacho, le dice que se quede con la devuelta y arranca.

Una lluvia torrencial que no le dejaba ver a más de dos metros hizo que Silvia decidiera orillarse a esperar que escampara. El frío se hizo insoportable y al no saber manejar los controles del tablero, se puso el saco de cachemir que estaba en la silla trasera. Recordó la botella viejísima de coñac que también había llevado consigo, esa que la señora decía era solo para paladares exquisitos. Al destaparla, Silvia pensó que olía igual que el brandy que tomaba su ex esposo, el que lo envalentonaba para pegarle un día al mes; ese tufo que muchas veces venía acompañado de olor pachulí y otras, de mañana, al de pollo asado. Sin tapar la botella, la lanzó por la ventana.

La lluvia cesó de golpe, así que Silvia reinició la marcha y pronto llegó a la desviación. Entró por la carretera destapada loma arriba y en menos de dos minutos estuvo en el lote, que coronaba un pequeño morro y ya estaba rodeado por una reja que no fue obstáculo para la camioneta.

Silvia aparcó a un costado, se bajó y respiró hondo el olor a tierra mojada. Recordó el día en que había ido a ver el lote, el día en que le propuso a sus patrones que lo compraran para ella, que trabajaría para ellos las 24 horas hasta saldar la deuda y también recordó horas atrás, esa misma mañana, cuando ellos le dijeron que les había gustado ese lote para ellos, para una casa de campo en la que pudieran pasar los fines de semana.

Silvia inhaló de nuevo el aire fresco con esa tranquilidad de haber hecho lo que debía hacerse, fue hasta la camioneta, sacó la pala y empezó a cavar.